

1

**A PROPÓSITO DE UN DISCURSO POLÍTICO
EN FRANCIA HACIA FINES DE SIGLO XVIII**

**LAS PERPLEJIDADES DE LA IDEOLOGÍA SADIANA
EN *LA FILOSOFÍA EN EL TOCADOR O
LOS INSTRUCTORES INMORALES***

María Cecilia Tonon

tononcec@hotmail.com / Licenciada en Historia (Universidad Nacional del Litoral —UNL—)
y Doctora en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario). Docente en la Facultad de Hu-
manidades y Ciencias (UNL) e investigadora del Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del
Litoral (CESIL–UNL).

RESUMEN

El tema de este trabajo es indagar los discursos que evidencian las contradicciones propias del proceso de transición del Antiguo Régimen al nuevo orden inaugurado por la Revolución francesa. El objeto de estudio se circunscribe al marqués de Sade y al análisis de su pensamiento, sus concepciones político-sociales a través del abordaje de una obra en particular como es *La Filosofía en el tocador*, escrita en 1795. Este texto es elegido entre tantos otros escritos por el marqués porque a través de él se puede concebir a Sade como instaurador de una nueva discursividad. En este sentido, podemos hablar de la ideología sadiana como un discurso político que intenta transgredir el orden del Antiguo Régimen, denunciando sus abusos, contribuyendo de esta forma con su disolución pero que, por otro lado, no logra adaptarse a las nuevas condiciones político-sociales que imponen las circunstancias de la Francia revolucionaria. De esta forma, socavado el Estado absolutista, Sade y su obra continuarán siendo perseguidos, vivirán en la marginalidad y condenados en la posteridad.

PALABRAS CLAVE

- > ideología
- > ética sadiana
- > discursividad
- > Antiguo Régimen
- > Estado absolutista

ABSTRACT

The purpose of this work is to inquire into the discourse that shows the contradictions of the transition from the Old Regime to the new order inaugurated by the French Revolution. The object of study is limited to the Marquis of Sade and to the analysis of his thoughts and his political and social concepts by looking into the novel *Philosophy in the Bedroom*, written in 1795. This text has been chosen among many others written by the Marquis, because through it you can identify Sade as a catalyst for a new discourse. In this sense, we can speak about Sadeian ideology as political discourse that attempts to transgress the order of the Ancient Regime, denouncing its abuses, thus contributing to its dissolution. However, it does not succeed in adapting to the new political conditions imposed by the social circumstances of revolutionary France. Thus, the Absolutist State undermined, Sade and his work will continue to be persecuted, marginalized and condemned throughout history.

KEY WORDS

- > ideology
- > Sade's ethics
- > discursivity
- > Old Regime
- > Absolutist State

INTRODUCCIÓN

En este artículo abordamos un discurso¹ que permite mostrar una situación de exclusión social y literaria en la Francia de finales de siglo XVIII y que se constituye, a la vez, como mecanismo de crítica social. El sujeto de análisis es el Marqués de Sade. Si bien es un protagonista relativamente conocido, cabe señalar brevemente aquí algunos aspectos fundamentales de su vida, que son los que condicionan su producción escrita.

Donatien–Alphonse François nace en París el 2 de julio de 1740, de antigua nobleza provenzal por parte de su padre, y ligado por su madre a la rama menor de la casa de Borbón. Es marqués y más tarde conde de Sade, señor de La Coste y de Saumane, co–señor de Mazan, teniente general en las provincias de Bresse, Bugey, Valromey y Gex, y maestre de campo de caballería.

Pertenecer al grupo que ocupa la cúspide de la estructura social francesa le va a asegurar un prestigio y comodidades significativas para llevar una vida plácida y despreocupada. Sin embargo, hay que entender que para la época el estamento nobiliario no es homogéneo ni estático. A lo largo de todo el siglo XVIII, la riqueza y las condiciones de civilidad (ésta última en menor medida) van a incidir en la determinación nobiliaria de tal modo que muchos de los antiguos nobles van a quedar subordinados ante la aparición de nuevas jerarquías (Serna, 1992:45). Esto ocurre con la familia Sade, y se ve multiplicado con los desbordes producidos por el vástago menor de la familia, el joven Donatien. En abril de

¹ La palabra discurso refiere a un sinnúmero de clasificaciones y significaciones y, en virtud al tipo de trabajo de investigación que abordamos, consideramos pertinente definir desde una postura actual y renovada al vocablo en cuestión. A través de la lectura de Norman Fairclough hemos podido inferir por discurso una práctica social, cuyo proceso de producción y de interpretación está condicionado por las relaciones sociales y por el contexto. Esto supone, por una parte, que el lenguaje forma parte de la sociedad, está amalgamado en ella y se concreta en discursos, entre cuya amplia variedad se halla el discurso literario. Por otra parte, implica que los discursos, lejos de ser creaciones libres y originales, se sustentan en estructuras sociales incluidas en el mismo lenguaje que aprende el sujeto. Esto quiere decir que existen convenciones sociales que condicionan al discurso que produce un sujeto. Al parecer, Sade quiebra las convenciones propias para la producción discursiva y nos deriva su versión de la realidad en sus discursos. Cfr. Fairclough, 1989.

1768 se lo procesa por abuso de libertinaje y es detenido y arrestado en la prisión de Saumur y luego derivado a la cárcel de Pierre–Encise. Durante su estadía en el Sur de Francia —1772—, se ordena su arresto junto con el de un criado por los crímenes de envenenamiento y sodomía. Finalmente, él mismo recordará en su diario (Sade, 1982:177–178), los arrestos sufridos en los últimos procesos: Vincennes, febrero de 1777 y septiembre de 1778; transferido a la Bastilla en septiembre de 1784, hasta el 3 de julio de 1789 y finalmente a Charenton, donde muere en 1814. Todos estos procedimientos punitivos coadyuvan a que los hechos se hagan públicos, cobren popularidad, y que el nombre del marqués aparezca vapuleado en los distintos ámbitos cortesanos y reales.

Aquí están resumidos los pasos que se siguen para el inculpamiento del marqués: represión sexual, represión política (muerte social) y censura literaria (Sollers, 1974:114). Son las tres condenas que encontramos reunidas en la figura de Sade. De los 74 años que dura su vida, 27 los pasa en prisión. En todos esos años, el tedio, la pasión incontenible, y la desprotección, culminan por enfervorizar la imaginación de un Sade que ya no cabe en las cuatro paredes de su celda. Él escribe desde la cárcel, y es ésta su fuente de inspiración, ya que ve en las letras la válvula de escape al encierro, a la soledad, a la desidia. A través de la escritura Sade logra apartarse del desconuelo que es su propio destino. Un destino que ya no le augura las delicias de la vida nobiliaria y de los privilegios en los que se ha refugiado hasta el momento.

Éstas son las condiciones que hacen al Sade escritor. A partir de ellas, lo que nos proponemos en este artículo es poder comprobar la articulación compleja de la desestabilización de un orden social establecido, la afirmación de privilegios, y las contradicciones en la ideología sadiana.

Para desarrollar esta proposición apelamos a la articulación de dos métodos. El primero es una noción de carácter histórico–discursiva: la noción de «trayecto temático». El segundo es un método clásico de análisis de discurso: el «campo semántico». La noción de trayecto temático nos permitirá ubicar los argumentos específicos de Sade dentro de una cronología precisa. Ella permitirá, igualmente, una relación entre las diversas nociones presentes en su discurso y determinar su itinerario en el tiempo histórico.

Aquí referiremos nuestra noción de trayecto temático a partir de la propuesta del historiador francés Jacques Guilhaumou, para quien el trayecto es:

«un proceso de nominación específica a una serie de textos (...) una sucesión temática, una significación en expansión, una serie de deslizamientos de sentido [esto es] el espacio textual en toda la extensión de la historicidad que constituye al tema» (Guilhaumaou, en Goldman, 1980:102).

Lo que el autor se propone de esta manera es señalar cómo un término primordial se asocia con otro para generar un «orden lógico semántico». Así, hemos seleccionado algunos enunciados sobresalientes de *La Filosofía en el Tocador o Los instructores morales*,² combinándolos con categorías que se nutren de la interconexión entre el texto y su contexto histórico. Sade escribe este texto en 1795. Lo hace en pleno proceso revolucionario, en un contexto que lo tiene como participante de la nueva república (asume el cargo de Secretario de la Sección de Picas de la Sociedad Popular) pero, a la vez, su oposición a la pena de muerte y sus antecedentes aristocráticos, lo señalan como posible traidor y es arrestado en varias ocasiones.

El puntapié inicial que configura el soporte enunciativo del discurso sadiano lo conforma la idea de la desestabilización del orden imperante. Lo que Sade intenta hacer a través de sus escritos es esgrimir una dura crítica contra todo un sistema social montado por el Estado absolutista francés³ que lo ha perseguido, lo ha desocializado, y lo ha relegado a los márgenes del sistema. A partir de aquí, el estudio y desarrollo de la idea matriz sadiana se disocia en tres tópicos fundamentales:

- > Desarrollo de una teoría personal del placer bajo el primado de la naturaleza.
- > La reproducción de una escala de valores fuertemente tergiversada.
- > Apelación a un nuevo sistema social a partir de la denuncia de un régimen político y social que ya no le asegura a Sade el disfrute de sus privilegios.

² Sade abordó gran cantidad de variedades literarias: novela, cuento, teatro, ensayo, y relatos autobiográficos. Su obra puede dividirse en tres grandes momentos: 1) período Vincennes–Bastille —1782–1788—, 2) período revolucionario —1790 1800—, 3) período Charenton —1803–1814—. *La Filosofía...* forma parte del segundo de ellos. La edición sobre la que trabajamos corresponde a una publicación española, cotejada con una versión digital francesa de la misma obra.

³ El Estado al que hacemos referencia es el correspondiente a los reinados de los últimos Luises —Luis XIV, XV y XVI— de la monarquía francesa. En este cuerpo político ocurre un cambio fundamental caracterizado por el cierre de un

El método del campo semántico nos permite analizar con detalle las palabras «placer» y «naturaleza», claves del discurso sadiano, y de esa forma esclarecer la importancia de ambos vocablos como desestructurantes del orden social organizado por el despotismo ilustrado en la Francia del siglo XVIII.

En el estudio del vocabulario sadiano⁴ de *La Filosofía*, un primer plano corresponde al análisis del término «naturaleza» (hemos incluido también bajo este rótulo al término «natural»). Esta primacía se debe al menos a dos razones:

a > Es el término que más frecuentemente aparece citado a lo largo del libro. En total, «natural» y «naturaleza» cuentan 213 veces de aparición, pero seguidas muy de cerca por la palabra «placer».

a > Son los puntos básicos de la ideología sadiana (fuertemente imbuida e influenciada por la corriente materialista —Lange, 1903— de la época).

El segundo plano de las conceptualizaciones de *La Filosofía* refiere a las nociones de «placer/placeres». Las justificaciones de esta selección tienen que ver también con el orden estadístico, ya que la palabra en plural y en singular aparece citada 155 veces. Por otra parte, ambos vocablos constituyen los pilares de la argumentación desestabilizadora y crítica del orden social imperante.

Hemos encontrado otras nociones importantes dentro del vocabulario sadiano, pero que no tienen la preponderancia que presentan las de «natural/

proceso de acortesanamiento de la nobleza, por el cual la nobleza caballeresca se mezcla con elementos de la burguesía en ascenso, dando lugar a un nuevo estamento cortesano–aristocrático. Este cambio no es violento ni radical, pero supone un juego de intereses expuestos en el que cada clase o poder —real, noble o burgués— articula sus máximas influencias para mantenerse en un lugar privilegiado. Aparece así, cada vez más definida, una aristocracia regida y unida por los lazos del dinero. Porque el dinero durante el Antiguo Régimen va a constituir la clave de la movilidad social. De esta forma, los nobles empobrecidos se ven en la urgente necesidad de sostener su posición o caer en la ignominia, el olvido y la exclusión social. Cfr. Milliot, 1992:34. Aquí es donde vamos a ubicar socialmente al marqués de Sade, un noble perteneciente a la *noblesse d'épée* (nobleza de espada), pero venido a menos y con la necesidad de mantener sus privilegios vinculándose por matrimonio con la *noblesse de robe* (nobleza de toga). Cfr. Pauvert, 1989.

⁴ Hemos de aclarar que una palabra no tiene un sentido sino empleos. Al analizar el campo semántico de un vocablo estamos identificando su sentido a través del análisis de sus diferentes empleos. El estudio consiste en determinar las palabras a las que el vocablo se opone y a las cuales él se asocia, las que definen sus características, y las que identifican la red verbal en la que se inscribe el concepto abordado. Cfr. Goldman, 1989:103.

naturaleza», o «placer/placeres». Los conceptos de menor frecuencia en cuanto a su aparición en el texto son los siguientes:

NATURALEZA (incluye natural)	213
PLACER (incluye placeres)	155
VIRTUD (incluye virtudes, virtuosa/so)	80
CRIMEN (incluye crímenes, criminal/les)	58
RELIGIÓN (incluye religiosidad, religiosa/so)	57
LIBERTAD (incluye libre)	55
MAL (incluye maldad y malignidad)	47
AMOR (incluye amar)	47
LIBERTINAJE	35
VICIO (incluye vicios, viciosa/so)	31
LIBERTINO/NA	31

El hecho de que estas nociones aparezcan con menor asiduidad no significa que sean menos importantes, antes bien, contribuyen a reforzar las palabras claves («naturaleza» y «placer») y sirven de nexos para la argumentación de la ideología⁵ sadiana en *La Filosofía*.

⁵ Según Terry Eagleton, la ideología es un tipo de discurso en que están representados «los puntos en que el poder incide en ciertas expresiones discursivas y se inscribe tácitamente en ellas». Siguiendo a este autor, en la ideología encontramos la relación existente entre cualquier tipo de expresión y sus condiciones materiales de probabilidad, es decir, las condiciones de reproducción de estas expresiones, derivadas de luchas de poder. A partir de aquí, debemos también aclarar que aunque la ideología está centrada en un sujeto, no puede resumirse a la mera subjetividad. Hay efectos que superan lo puramente individual y son generados por intereses sociales. Cfr. Eagleton, 1997:19–57. Un texto literario está definido por dos puntos de vista diferentes, asimétricos, dos caras de una misma moneda. Simulando la imagen de un monstruo con dos cabezas, así se yergue la presencia del autor fortuito con respecto al otro autor, el verdadero, separado por una brecha interpretativa e ideológica en el que la figura del autor como origen se pierde, se desfigura, está ausente. Pero si bien el autor real, de carne y hueso, se desvanece en las maquinaciones propias de la creación literaria, hay un hecho puntual que determina que el producto literario desplace su centralidad a las condiciones de producción literaria, y ese hecho lo produce el apuntalamiento ideológico. La actividad literaria se define en función del carácter de su práctica. Es por eso que el hecho literario es una construcción ideológica. La conciencia no entra en contacto con lo real sino a través de los distintos puntos de vista que corresponden a las formas colectivas de la conciencia social. Cfr. Altamirano. y Sarlo, 1983:48, 64–65.

2. EL ARGUMENTO DE LA FILOSOFÍA

La obra comienza en un delicioso tocador de un castillo de la campiña francesa. Allí se encuentran la señora de Saint-Ange, una noble y libertina dama de 26 años, y el caballero de Mirvel, su hermano, tan disipado como ella, aunque con una cierta cuota de moralidad en sus ideas.

La Sra. de Saint-Ange espera la llegada de Eugenia, una muchacha de noble cuna, para educarla en los preceptos del libertinaje. Para tal fin, la Señora ha invitado al caballero Dolmancé, un seductor, corrupto y «peligroso» libertino.

Las ideas que introducirán en la mente, y las acciones a las que someterán los tres libertinos a la joven Eugenia, transformarán a ésta en una persona tan pervertida, impía y libertina como ellos. Finalmente, estos voluptuosos lograrán ver coronada su labor educativa cuando, al final de la obra, aparezca la madre de Eugenia, la devota y moralista Señora de Mistival, quien a pesar de los esfuerzos por querer arrebatar a Eugenia de las garras de los viciosos personajes, será vapuleada y vejada por las manos de su propia hija apoyada por sus instructores.

Este es a grandes rasgos el asunto de la obra. A través de la trama lo que Sade logra desarrollar son básicamente tres aspectos que se irán examinando a lo largo de este trabajo:

- > La producción de una ética sexual justificada por la naturaleza, que es el eje de su ideología.
- > La desestabilización o desestructuración de un orden social establecido sobre la moral y las costumbres religiosas (amparadas por el Estado).
- > La instauración de una nueva discursividad.

2.1. UNA ÉTICA SEXUAL PARA LA NATURALEZA

En uno de los tantos diálogos filosóficos que se instauran a lo largo de la obra con el objeto de educar a la joven Eugenia, el maestro libertino Dolmancé le dice a su alumna:

Entregaos Eugenia, abandonaos con todos vuestros sentidos al placer; que éste sea el único dios que gobierne vuestra existencia. Sólo es a él a quien lo debe sacrificar todo una joven como vos, nada puede ser tan sagrado a sus ojos como el placer (Sade, 1997:31).

Este placer que Dolmancé eleva al mismo plano que lo sagrado sólo puede entenderse en el marco de la naturaleza. Ese placer que se expresa en el ser humano a través de los goces sexuales, del abandono total de todos los sentidos, de la práctica de gustos peculiares, del libertinaje en suma, es para Sade un impulso o un reflejo propio de la naturaleza. Ésta le da la razón de ser al mundo y a todos los seres vivos; es la justificación de la existencia de todos éstos. En el universo sadiano el hombre no es más que parte de esa materia que conforma a la naturaleza y como tal actúa y se mueve libremente en el espacio. A diferencia de otros animales, Sade eleva al hombre por su capacidad racional y filosófica. En este sentido, el pensamiento es lo que le da su libertad para hacer, para decir. Pero en el caso de *La Filosofía*, el curso libre de la imaginación sólo se justifica mediante el placer.

Volvemos entonces a la frase del principio: la vida humana, según las leyes naturales, tiene como fin alcanzar la felicidad, pero ésta sólo es posible en el imaginario sadiano si lo hace atravesando el sendero del placer.

La palabra «placer» es utilizada en el texto como un vocablo positivo:

«Placer» asociado a > felicidad
> goce
> gustos
> libertad

Otra implicancia del término tiene que ver con algo superior, ilimitado, trascendente:

«Placer» asociado a > único dios que gobierna la existencia
> fantasía, imaginación
> crueldad, maldad

Finalmente, encontramos al vocablo asociado a fuertes connotaciones sexuales:

- «Placer» asociado a
- > lujuria
 - > éxtasis intenso
 - > lubricidad
 - > fornicar
 - > impudicia
 - > sodomía

Esta red de vinculaciones tendidas en torno a la palabra placer configura el sistema de pensamiento sadiano reducido a los tópicos centrales que venimos analizando: *naturaleza-placer*. Entre ambos conceptos se interceptan dos combinaciones claves que permiten encontrar y entender la filiación existente entre los vocablos principales de *La Filosofía*.

Las combinaciones que recaen en las expresiones básicas del vocabulario sadiano, son las palabras «libertino» y «libertinaje». A través de estos conceptos lo que Sade intenta demostrar es que la felicidad humana, entendida como el libre juego del placer, se reconoce en la imagen del libertino o en la ejecución de los actos de libertinaje porque son las actitudes y las imágenes que imitan o reflejan a la naturaleza. De esta forma se cierra el círculo en torno al placer y a lo natural en correspondencia con lo sexual, porque por «libertinaje» se entiende:

- «Libertinaje» asociado a
- > conducta o acto sexual
 - > exceso
 - > regla para toda conducta

También aparece en el texto como conducta destinada a llegar a los límites en materia sexual:

- | | | |
|--------------------------|-------------|--|
| «Libertinaje» asociado a | > copular | > procurar obscenos placeres |
| | > gozar | > romper todos los frenos que se le oponen |
| | > joder | > sodomizar |
| | > eyacular | > corromper |
| | > masturbar | > consumir extremos desvaríos |

Es notable como, a raíz de la búsqueda del significado de este concepto, sobresale fuertemente el sentido sobredimensionado que quiere darle al discurso. Hay una constante en Sade que es su tendencia a exagerar la nota, a desbordar las posibilidades de la palabra. Por medio de este mecanismo lo que Sade logra es configurar un entramado de redes conceptuales que se relacionan entre sí por su alto contenido desmoralizador. Así se configura en la obra una escala de valores fuertemente tergiversada y, por ejemplo, encontramos que el héroe de *La Filosofía* no es la santa y devota madre de Eugenia sino, antes bien, el cuerpo de profesores libertinos dispuestos a destruir en su alumna todos los principios morales, virtuosos y religiosos establecidos sobre ella. Los libertinos aparecen en el texto como fieles ejecutores de servicios voluptuosos y en constante oposición a todas aquellas acciones o pensamientos que puedan llegar a poner un freno al deseo. De esta manera, el libertino aparece como:

«Libertinaje» asociado a	> procreador	> pedante moralista
	> mojigato/ta	> mediocre
	> idiota	> fastidioso sofista
	> insulso	> estúpido

Estas «amables gentes» que son los protagonistas principales de *La Filosofía* como de todas las otras obras del marqués, responden al único imperativo que los moviliza y les da su razón de ser: el vicio. Los libertinos en *La Filosofía* son: irreligiosos, ateos, impíos, crueles, inhumanos, obscenos, sodomitas, adúlteros y criminales. Estos seres humanos personifican a la naturaleza, es decir, se encuentran en estado de naturaleza y, como tales, no son bondadosos ni humanitarios sino —a la manera hobbesiana— naturalmente malos.

Esta maldad que los caracteriza es justificada por Sade nuevamente en la naturaleza, vocablo que aparece identificándose con el movimiento primario y catalizador de todos los aspectos del universo.

«Naturaleza» asociada a	> libertad	> egoísmo
	> ser (noción metafísica)	(cada uno debe ocuparse de sí mismo)
	> instintos	> energía del hombre
	> razón	a la que aún no ha corrompido la civilización
	> materia, energía, movimiento	> desnudez
	> estado del ser humano (próximo al de los animales)	> aislamiento
	> facultad creadora	e independencia

En el predominio de la naturaleza, por encima de las instituciones sociales, como el Estado o la religión, Sade encuentra el medio para preparar su defensa del placer, del instinto, de las singularidades; a la vez que construye un operativo destinado a destruir las convenciones sociales. A lo largo de *La Filosofía* aparecen conceptos tales como:

«Naturaleza» asociada a	> virtud	> prejuicios
	> decencia	> obediencia a los órdenes
	> costumbres	> instituciones sociales
	> dios	> educación
	> religión	> leyes humanas

Todo el entorno de lo natural en la obra está signado por una deposición de los preceptos sociales. La sociedad se le aparece a Sade como un peligro, como una insidiosa fórmula de órdenes, prejuicios y obligaciones que pueden llegar a coartar la libertad natural de los seres humanos. Es por eso que, en primer término, arremete contra una de las instituciones sociales que más fuertemente ha colaborado para establecer los modos de conducta que son más acordes con la sociedad, pero totalmente opuestos y negadores de la naturaleza, ésta es, la Iglesia Católica. En el marco de la negación y de oposición de la doctrina religiosa y de sus preceptos como la moral, la virtud, el temor de Dios y el amor es donde Sade instaura su ética.

A partir de allí, los diálogos de los instructores libertinos transfieren una lección moral basada en los antivaleores cristianos. De esta forma, la voluptuosa Señora de Saint-Ange explica a Eugenia:

Acabas de verlo, Eugenia, sí, acabas de comprobar de qué modo esa mujer se engaña, cómo sacrifica tan bajantemente su felicidad y todas las delicias de la vida a unos ridículos prejuicios. ¡Ah! Debe gozar, disfrutar con total impunidad! ¿Acaso la recompensan por sus sacrificios cierta vanagloria o las falsas esperanzas que promete la religión? No, no, y la virtud, el vicio, todo se mezcla en la tumba. ¿Acaso la sociedad al cabo de algunos años, exaltará unos y condenará a otros? ¡Pues no! ¡No, una vez, más no, no! Y la desgraciada que haya ahogado sus placeres muere, ¡ay!, sin ninguna recompensa (*Filosofía en el tocador*: 56).

Y el maestro Dolmancé enseña a Eugenia:

Ponedlo en práctica, Eugenia, y veréis que os da resultado. Cuando os encontréis con muchachas de vuestra edad que aún vegeten en las tinieblas de la superstición, debéis hacer alarde de una extrema impiedad; pregonad los excesos y el libertinaje, adoptad las poses de una libertina, dejadles ver vuestros pechos; si vas con ellas a lugares clandestinos, levantad vuestras vestimentas, dejadles ver con disimulo las partes más secretas de vuestro cuerpo y exigid lo mismo de ellas (*Filosofía en el tocador*: 83).

Estos pasajes, con diferentes intensidades y extensiones, se reiteran a lo largo de la obra. El tronco común de todos ellos es el material pedagógico con el que los instructores cuentan para enseñar a su alumna. Este material tiene entre sus áreas preferidas a la libertad (entendida como un estado presocial, como aislamiento e independencia), al vicio y a la maldad asociada al crimen. A partir de este cuerpo erudito lo que los maestros libertinos hacen es transmitir una pedagogía, pero para el mal, reforzar la libertad natural e individual en contra de la religión y todos sus preceptos, e incentivar el vicio a través del libertinaje, en oposición a las virtudes y la decencia promulgadas por las costumbres.

Se va cerrando de esta forma el esquema conceptual de la ética sadiana que tiene al placer —efecto de la naturaleza— como su eje ideológico. Desde

ese núcleo se dispara, enlazando ambos conceptos, el protagonista principal del círculo de pensamiento sadiano, el libertino, quien a través del curso libre de las pulsiones, del vicio, del crimen, y pisoteando los principios de la virtud y el amor pregonados por la religión, consigue alcanzar la felicidad.

Ésta es la máxima sadiana por excelencia: el hombre egoísta y libertino será feliz, y lo será por siempre, sin excepción. Esta felicidad así entendida está asegurada porque responde a los designios de la naturaleza, que se caracteriza por ser básicamente placentera, y por actuar sobre los deseos humanos con el objeto de insuflar las pasiones.

2.2. LA CONFIGURACIÓN DE UNA CRÍTICA SOCIAL

La Filosofía, tal y como su nombre lo indica, es una obra cuyo contenido está constituido por un conjunto de posibilidades filosóficas que ahondan el tema de la ética sexual basada en las condiciones de la naturaleza. Ahora bien, casi en la mitad de la obra, como un desliz temático, aparece desarrollado un opúsculo que uno de los personajes introduce sagazmente. El diálogo se desarrolla de la siguiente manera:

—Sra. de Saint–Ange: Lo veo justo; un poco de teoría debe seguir a la práctica. Es el modo de hacer de ti una alumna perfecta.

—Dolmancé: ¡Pues bien! ¿De qué cosa queréis que se os hable?

Eugenia: Quisiera saber si las buenas costumbres son verdaderamente necesarias en un gobierno, si su influencia tiene algún peso sobre el carácter de una nación.

—Dolmancé: ¡Vaya! Al salir esta mañana, compré en el palacio de la Igualdad un folleto que, si nos atenemos al título, debe responder necesariamente a vuestra pregunta. Acaba de salir de la imprenta (*Filosofía en el tocador*: 131).

Podemos observar en torno a este diálogo dos aspectos notables. En primer lugar, la precisión y la profundidad de la pregunta de Eugenia. Resulta extraño imaginar que una joven de no más de 15 años, formada en el seno de la nobleza francesa del siglo XVIII, pueda elaborar una pregunta de ese tenor especulativo. En segundo lugar, llama la atención las connotaciones políticas del planteo que rompe con la estructura de las formulaciones filosóficas que

vienen desarrollando hasta el momento y que continuarán hasta el final de la obra a excepción de este interludio discursivo.

Entendemos con esto que hay una intencionalidad clara en Sade de introducir una suerte de reflexión filosófico-política en el marco de la instrucción libertina de Eugenia. El autor necesita justificar su ética natural-sexual de acuerdo con las condiciones de sociabilidad que le exige su modo de ser humano. Le es indispensable que exista una sanción social de su ética, y que sus prerrogativas sobre la naturaleza, el placer, el libertinaje, el crimen, se sostengan sobre leyes humanas, sobre la sociedad política.

Pero todo esto parece contradecir la propia filosofía sadiana cuya prédica a favor de la libertad, de los instintos, del egoísmo, el aislamiento y la independencia, se condice con el planteo político que quiere esbozar en el panfleto al que refiere Dolmancé: «Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos». Es por eso que no puede presentarlo directamente por boca de los maestros libertinos porque sería como una traición a los principios que hasta el momento han desarrollado. Y aquí es donde apreciamos la decisión de Sade de trasladar a Eugenia la invocación de la pregunta.

A partir de allí, lo que el autor hace es aprovechar oportunamente las condiciones históricas que se desenvuelven en Francia a fines del XVIII para desarrollar su idea de placer sobre bases institucionales renovadas.

La situación revolucionaria brinda a Sade la circunstancia perfecta para introducir una nueva organización de la sociedad francesa basada en el predominio del placer. La renovación que pretende el autor no nos resulta extraña ni transgresora pues Sade es hijo del siglo XVIII, y todo lo que éste conlleva, es decir, la reevaluación y crítica de los valores heredados. Sin embargo, el diseño de una ética sexual sostenida sobre cimientos naturales que configure la estructura de la sociedad revolucionaria francesa, constituye un cóctel explosivo que traspasa los principios revolucionarios de la época.

Lo que se trasluce en esta parte de *La Filosofía* es una suerte de crítica social, que ya aparece en otras secciones de la obra, pero que aquí resulta singular y altamente significativa. Los aspectos que constituyen el soporte de la crítica son la religión y las costumbres. Ambos conceptos tienen la particularidad de resultar odiosos para Sade, porque ve en ellos el fantasma de la infelicidad humana.

2.2.1. UN ESFUERZO MÁS...

El vocablo «religión» aparece en *La Filosofía* unas 57 veces aproximadamente, casi a la par del concepto de «crimen», y seguido muy de cerca por el de «libertad». Esto no nos llama demasiado la atención dado que se trata de una de las principales antinomias que se expresan en el esquema básico de pensamiento sadiano.

La religión se encuentra en las antípodas del sitio privilegiado en el que emplaza Sade a la libertad, motor de las acciones del libertinaje (como el vicio, la maldad y el crimen). Es por eso que encontramos este vocablo en cuestión vinculado de este modo:

«Religión» asociada a	> moral	> superstición
	> virtud	> culto
	> miedo	> teísmo puro
	> freno	> cuna del despotismo
	> fábula	> tiranía

Todas estas asociaciones que refieren a la religión en *La Filosofía*, nos permiten reconstruir la estrategia de la crítica social que intenta realizar Sade en esta obra.

La idea que se hace el autor de la religión es la de un culto —«tenebroso» y «oscurantista»—, en el que sólo cabe la identificación de un solo dios, personal, inteligente, que ha creado, conserva, y gobierna al mundo. Este sistema así configurado encuentra en la moral su punto capital, y traslada a las actitudes virtuosas, como la piedad, la beneficencia, la filantropía, el premio mayor para la humanidad, que es la entrada en el reino de los Cielos. Sade se opone fervientemente a todo esto:

¿qué encontramos en los vanos dioses del cristianismo? ¿El mediocre impostor de Nazaret os ha inspirado grandes ideas? ¿Qué os ofrece, os lo pregunto, esta estúpida religión? ¿Os transmite algunas virtudes su sucia y repulsiva madre, la impúdica María? ¿Encontráis en los santos que adornan su Elíseo algún ejemplo de grandeza, de heroísmo o de virtud? (*Filosofía en el tocador*: 137).

Como fiel exponente de la Ilustración, Sade traduce su posición anticlerical en el desarrollo de un pensamiento militante para reconstruir las instituciones

e instruir a la sociedad. El ideal de la moral sadiana, el placer, se aleja completamente de aquello que pregona la teología cristiana que es la preparación para una vida futura, para el reino de Dios. Antes bien, lo que Sade pretende es conformar una ética que organice el presente de una realidad que es terrenal y no celestial. En este punto el pensamiento sadiano se entronca con el de la Ilustración por su fuerte carácter terrenal y humanista.

En tanto, el camino que escoge el autor para justificar una moral así planteada, se aleja diametralmente del que continúa la gran mayoría de los principales filósofos del movimiento ilustrado. Mientras éstos: «rehabilitan el placer y desculpabilizan la felicidad para poder fundamentar mejor una nueva moral social, la conclusión de Sade es la imposibilidad de convergencia de los deseos individuales» (Delon, 1998:46).

Para Sade el placer es egoísta, arrebatado, cruel y despótico, y es en estos términos como se satisfacen los deseos individuales. Por lo tanto, Sade ve en la sexualidad el ámbito privilegiado de exposición de las pulsiones.

Es a través de la lubricidad, de la lujuria, de la impudicia como el ser humano se afirma sobre sí mismo y afirma su poder sobre el otro. Por eso en *La Filosofía*, como en la mayoría de las obras del marqués, siempre aparece un agente y un paciente, la víctima y el verdugo, alguien que es el que produce, y otro que es quien recibe los efectos del poder. En cierta medida, Sade traslada a su obra el modelo de la sociedad francesa de mediados del siglo XVIII (Barthes, 1997:153). De un lado, va a ubicar a los ricos y a los poderosos, del otro lado, al pueblo, la mayoría dependiente. Es esta imagen de sociedad lo que le permite al autor ejecutar su crítica y la cristaliza a través de la relación libertino-víctima.

Sade entiende que en una sociedad estructurada a partir de la superstición y la fábula, efectos del dogma cristiano, sólo puede derivarse una sociedad fundada en el miedo y la supeditación de los deseos. Esto es lo que favorece, para el autor, el predominio del despotismo y la tiranía sobre la sociedad. Y refuerza esta certidumbre con la idea de que el gobierno republicano debe cuidarse muy bien de la religión y de los principios teístas ya que éstos no convienen de ningún modo a la república, antes bien, harían peligrar el nuevo gobierno que los franceses han conseguido:

Diez años antes, por medio de la religión cristiana, de su superstición y de sus prejuicios, vuestros sacerdotes, a pesar de sus juramentos y de sus votos de pobreza, hubiesen restablecido su dominio sobre las almas que habían invadido; ellos os reencadenarían a los reyes, porque el poder de éstos siempre se sostiene en el de aquellos, y vuestro edificio republicano se derrumbaría al faltarle las bases (*Filosofía en el tocador*: 134).

En esta frase, como en otras que se desarrollan a lo largo del opúsculo, Sade parece adherir completamente a los principios revolucionarios. Lo hace a partir de una posición anticlerical y en contra de las leyes morales que organizan las costumbres de la sociedad teocrática.

Pero, para ser republicanos, los ciudadanos franceses deben hacer un esfuerzo por desprenderse del yugo que supone abrazar los principios religiosos de la Iglesia Católica. Es la única manera que ve Sade para sacudirse del lazo monárquico y aristocrático que conserva aún Francia, y así lo confirma cuando dice que: «siempre es un paso lo que separa a la superstición de la monarquía» (*Filosofía en el tocador*: 138).

Para el autor la revolución es el derrocamiento de los ídolos cristianos. Por lo tanto, la remoción del culto católico es un acto cívico y patriótico. A partir de allí, queda abierto el camino para la instauración de un nuevo culto, basado en el paganismo, la libertad y el placer. Sade insta permanentemente a la acción, y lo hace a través de la forma imperativa:

«Astead el último golpe»

«aniquilad para siempre»

«Apresuraos: no le deis tiempo»

«Franceses, sustituyamos a este indigno fantasma»

«lanzaos pronto a esta tarea»

«Franceses, un esfuerzo más»

«reemplazad»; «enseñadles»; «hacedles»... y la lista continúa.

Ante todo, lo que el autor quiere es aprovechar las circunstancias históricas que se han creado en Francia para reordenar la sociedad sobre nuevas bases y evitar el reacomodamiento de las fuerzas del Antiguo Régimen, especialmente de

la Iglesia. Y para acelerar este proceso el escritor le encomienda a Francia entera una nueva misión providencial: la de ser el hecho ejemplificador que permitirá a Europa entera sacudirse del «cetro» y del «incensario» al mismo tiempo.

Ahora bien, habría que pensar si estas referencias opuestas al despotismo y el abrazo a los principios revolucionarios a partir de la idea de una sociedad sin Dios y, por ende, sin rey (entendido éste como representante de Dios sobre la tierra), no son sino lo que ya Pierre Klossowski (1970) observó como una ambivalencia en el pensamiento de Sade en este opúsculo: «mientras reconocemos en Sade su carácter exultorio, debemos atribuirle una función denunciadora de las fuerzas oscuras disfrazadas de valores sociales» (Klossowski, 1970:70).

Llegados a este punto, pensamos que si Sade favorece y alienta la revolución es por el simple hecho de que ve en ella la posibilidad de reestructurar la idea del hombre y de la sociedad. De este modo refiere:

cada vez que al hombre neguéis los medios para exhalar la dosis de despotismo que la naturaleza introduce en el fondo de su corazón, se arrojará sobre los objetos de su alrededor para ejercerlo, y el gobierno temblará. Permitid, si queréis evitar este peligro, que dé libre curso a estos deseos tiránicos que le atormentan permanentemente a pesar suyo. (...) Ejerced, por el contrario, procedimientos diferentes, imponed sobre esos objetos de la lujuria pública las ridículas trabas antiguamente inventadas por la tiranía ministerial y por la lubricidad de nuestros sardanápalos: el hombre, que pronto se volverá tan agriado como su gobierno, celoso del despotismo que os verá ejercer de manera absoluta, se sacudirá el yugo que le imponéis y, cansado de vuestro modo de gobernarlo, lo cambiará como acaba de hacerlo (*Filosofía en el tocador*: 157).

Por otra parte, se encuentra esta animadversión hacia el Antiguo Régimen que ha colaborado sembrando las condiciones para socavar las bases estamentales que contribuyeron a su marginación social. Contra ello carga las tintas:

Es posible ser tan bárbaro como para atreverse a condenar a muerte al infortunado individuo cuyo único crimen es no tener los mismos gustos que vosotros? Uno se estremece de sólo pensar que, no hace cuarenta años, los legisladores aún sostenían este absurdo. Consolaos, ciudadanos; tales absurdos ya no os alcanzarán (*Filosofía en el tocador*: 166).

Pero si estas razones contribuyen a pensar a Sade del lado de los revolucionarios, existen también formulaciones que nos permiten imaginarlo en la vereda opuesta a la revolución. Al menos encontramos un Sade desconfiado, expectante, preocupado: «No niego que veo con pesar la lentitud con la que os encaminamos hacia la meta, me inquieta sentir que estamos en vísperas de echarlo todo a perder una vez más» (*Filosofía en el tocador*: 133).

El autor parece temeroso de que las nuevas fórmulas revolucionarias lo traicionen como lo ha hecho ya el absolutismo. Entonces, encontramos que si por un lado incita a la acción revolucionaria, por otro teme que sus efectos sean contrarios a lo esperado.

La revolución ha movilizadado al pueblo en contra de la monarquía; ha quebrado el Antiguo Régimen y minado sus bases sociales y económicas. El país transcurre entre la relajación de las costumbres, la sublevación, el cadalso y las nuevas leyes. Las condiciones parecen estar dadas para que la moral sadiana encuentre donde aplicarse. Sin embargo, es aquí donde Sade empieza a tomar distancia. La revolución le quita su razón de ser al pensamiento sadiano. Aparece como su competidora (Klossowski, 1970:55), favoreciendo la sublevación, el crimen, el estado de naturaleza. Entonces, Sade se vuelve conservador, moderado:

Que no se me tache en absoluto de ser un innovador...

(...)

Confieso con la más extrema franqueza que jamás creí que la calumnia fuese un mal...

(...)

No es que desee atacar o destruir el juramento de respeto a las propiedades que la nación acaba de sancionar, ino lo quiera Dios! Pero, ¿se me permitirán algunas ideas respecto a la injusticia de tal juramento? (*Filosofía en el tocador*: 150-153).

Quien hasta el momento favoreció en sus comentarios la calumnia, el robo, la impureza, pero fundamentalmente el crimen, de pronto se alza en opositor a la pena de muerte:

No propongo masacres ni deportaciones; todos esos horrores están demasiado lejos de mi espíritu como para osar concebirllos por un instante. No, no asesinéis,

no deportéis: esas atrocidades son propias de los reyes o de los depravados que los imitaron; no es obrando como ellos como obligaréis a tomar horror hacia quienes fueron adictos a estas prácticas (*Filosofía en el tocador*: 153).

Sade subvierte o desestima la criminalidad en un último intento de aferrarse a sus privilegios aristocráticos. La revolución ha matado al rey y a un sistema social y político; de ahora en adelante lo que resta —al menos para el autor— es el mantenimiento de un orden social y político que debe permanecer en el mismo estado criminal que le ha dado origen y que le asegura su permanencia en el poder.

De esta forma, la revolución se le aparece a Sade con más continuidades que cambios con respecto al Antiguo Régimen, a excepción de que ya no está más el rey y el orden nobiliario, que es, en definitiva, su orden. Entonces, éste sólo puede prever su futuro con nuevas persecuciones, penurias y marginalidad. No está demasiado errado porque lo que sigue en su vida luego de la revolución es el traspaso por distintas prisiones por negarse a firmar varias penas de muerte siendo presidente de un tribunal revolucionario, la persecución por moderado, y la pobreza.

Bajo estas circunstancias Sade escribe *La Filosofía*. El opúsculo que contiene esta obra, y sobre el que ya venimos haciendo referencia, prefigura una suerte de descargo tanto para el Antiguo Régimen como para el nuevo gobierno.

En definitiva, en *La Filosofía* podemos observar el discurso de una víctima, que desde la crítica o la adhesión a los principios aristocráticos, desde el acercamiento o la distancia de la revolución, pretende mostrar de qué manera la realidad social francesa permite el mantenimiento de las formas políticas de la Francia del siglo XVIII, tanto del despotismo ilustrado como de la revolución.

2.3. LA INSTAURACIÓN DE UNA NUEVA DISCURSIVIDAD

El marqués de Sade escribe. Incursiona en todos los géneros, pero hay dos a los que va a entregar su pasión por las letras, y estos son el épico y el dramático. Si hacemos un repaso por la producción literaria sadiana encontramos que la mayoría responde a uno de estos dos géneros: *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*; *Oxtiern* o *Las desdichas del libertinaje*, como representantes del género dramático, y en prosa: *Las 120 Jornadas de Sodoma* o *La escuela del*

*libertinaje; Los infortunios de la virtud; Alina y Valcour o La novela filosófica; Los crímenes del amor; Juliette o las prosperidades del vicio, entre otros.*⁶

Entre todos estos tenemos *La Filosofía en el tocador* o *Los instructores inmorales*, obra que se destaca con respecto a las demás, porque justamente es una de las últimas producciones de Sade y resulta de una combinación de géneros. *La Filosofía* emerge al final de la bibliografía sadiana como una especie de ruptura de género y ya parece advertirlo una observación de la Señora de Saint-Ange al comienzo de la obra: «En fin, querido, soy un animal anfibio; todo me gusta, todo me divierte, quiero reunir todos los géneros» (*Filosofía del tocador*: 12).

La Filosofía transcurre entre lo ensayístico y lo teatral, pero no es novela pura, ni tampoco pertenece específicamente al género dramático. Hay una presencia de elementos propios del drama: el diálogo, la trama predominante de la obra. Acompañan a estos diálogos acotaciones propias del teatro, como son las didascalias. Éstas hacen referencia a las acciones de los personajes, y crean las condiciones especiales para que se desarrolle la escenificación de la conversación. Es aquí donde vemos surgir detrás de la escena al autor/director que controla la situación. Sade lo hace a través del texto secundario, por un lado, pero también en la voz del personaje Dolmancé: «Esperad, que organice este goce algo lujuriosamente (todo se realiza a medida que Dolmancé lo va indicando)» (*Filosofía en el tocador*: 125).

«Hablemos menos, caballero, y actuemos más. Voy a dirigir el cuadro escénico, es mi derecho, con el objeto de mostrar a Eugenia» (*Filosofía en el tocador*: 94).

Ejemplos como éstos se suceden a lo largo de la obra desplegando las acciones y la gestualidad de los personajes. Todas estas estrategias no hacen más que reforzar la acción por encima de la dialéctica («hablemos menos y actuemos más»). Esto plantea una suerte de disyunción en torno al discurso que quiere desarrollar el autor.

Para analizar esta cuestión empezamos por tener en cuenta el título y el prólogo de la obra, fuertemente esclarecedores, que anticipan y resumen el contenido o el objetivo de la obra. El rótulo reúne tres nombres: a) *Filosofía en el tocador* (título principal), seguido por la letra «o», en calidad de nex

⁶ Véanse al final las Referencias bibliográficas.

disyuntivo, que da lugar al segundo título, b) *Los instructores inmorales*; y finalmente c) *Diálogos destinados a la educación de las jóvenes señoritas*. Cada uno de estos tópicos muestra el quiebre que hay en esta obra entre lo que se dice y lo que se hace. Ahondemos un poco más este punto.

Con la palabra «Filosofía» Sade incursiona en el ámbito de la sabiduría, de lo racional, de la trascendencia. El autor va a hablar, va a expresar principios de carácter educativo: «nutríos de sus principios (...) que la voluptuosa Saint-Ange sea vuestro modelo (...) que el cínico Dolmancé os sirva de ejemplo» (*Filosofía en el tocador*: 9).

Cada una de estas frases ilustra la intencionalidad didáctica que se pretende en la obra. Ahora bien, si los diálogos giran en torno a la filosofía, no es sobre la razón acerca de lo que va a hablar el autor, sino del placer, de la lascivia y de la voluptuosidad. Observamos, entonces, cómo Sade destruye los principios que le dan la razón de ser a la obra. Hay una contraposición entre principios (filosofía) y acción (praxis). En este sentido, Sade es fuertemente exhortativo: «Obedeced solamente a esas deliciosas pasiones (...) despreciad (...) todo lo que sea contrario a las divinas leyes del placer (...) destruid, pisotead (...) esos ridículos principios inculcados por unos padres imbéciles» (*Filosofía en el tocador*: 9).

El autor se dirige directamente al destinatario. Es la voz de Sade que se exterioriza y apela explícitamente a los futuros lectores de su obra. Estos destinatarios están identificados («A los voluptuosos»). Primero los generaliza, pero luego los especifica, demostrando una suerte de preocupación e insistencia en quiénes son los verdaderos receptores: «Voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos (...) Mujeres lujuriosas (...) Jóvenes reprimidas (...) amables libertinos» (*Filosofía en el tocador*: 9).

A lo largo de toda la obra, se evidencia esa dualidad entre el «decir» y el «hacer», pero es indudable que lo que predomina es la acción, la realización de aquello que se dialoga. De manera tal que la palabra, los principios, la filosofía, sólo sirven al único propósito de generar la escena. El discurso es una excusa para actuar, pero también es cierto que, fuera del discurso, no hay posibilidades de acción. La obra entera gira en torno a esta dicotomía y es lo que la hace particular y fuera de lo convencional.

En el quinto diálogo, Sade transgrede la modalidad adoptada hasta el momento e incorpora el ensayo, «folleto» titulado «Franceses, un esfuerzo más si

queréis ser republicanos», un texto argumentativo, panfletario, anónimo y que circula por la sociedad. Dice Dolmancé: «¡Vaya! Al salir esta mañana, compré en el palacio de la Igualdad un folleto» (*Filosofía en el tocador*: 131).

Este texto sigue la misma línea observada en los diálogos: exhorta a la acción a través de la argumentación filosófica.

Finalmente, vemos que esta ruptura que muestra la obra en cuanto al género se traslada también a otro orden que tiene que ver con el contenido del discurso. Si Sade se ha propuesto escribir una especie de manual destinado a educar, inculcar y guiar a jóvenes señoritas, lo subvierte cuando le agrega el adjetivo «inmoral» que acompaña al sustantivo del segundo título de la obra. El prefijo «in» implica negatividad, y es notable cómo lo usa acompañando a la palabra moral, eje de la crítica sadiana. La moral en la ética sadiana es lo opuesto al placer, es decir, que si pretende educar, lo va a hacer para el mal, para el vicio, para todo lo que se oponga a la moral cristiana. Y si se embarca en esta tarea, es justamente porque lo que quiere hacer Sade en *La Filosofía* es escandalizar, es romper las convenciones del lenguaje, situarse al margen de las legalidades, aquello que le permite al autor fortuito liberarse. Cuando el autor de carne y hueso sabe que está irremediabilmente encerrado y muerto.

3. BREVES CONCLUSIONES

En todo este desarrollo es posible observar el proceso de construcción de una nueva discursividad a través de la configuración de una crítica reaccionaria a una circunstancia de exclusión social y literaria en la Francia de finales de siglo XVIII. De esta forma, a través del análisis de una de las obras del marqués de Sade, *La Filosofía en el Tocador*, se pueden dilucidar los aspectos centrales de la ideología sadiana, que es desde donde se elaboran las confrontaciones con el Antiguo Régimen.

En el análisis formal de *La Filosofía* se evidencia la construcción de una ética sadiana basada en una antimoral que tiene al placer como su eje ideológico, y que predispone a los sujetos para el mal, el vicio, el crimen, dando por tierra los principios básicos del cristianismo. Es a partir de este comportamiento como Sade vehiculiza un discurso claramente antagónico respecto de la socie-

dad de Antiguo Régimen y todo lo que ésta representa: la religión católica, el oscurantismo, la superstición, el despotismo, la tiranía... Entonces, propone la formación de una nueva sociedad organizada sobre bases materiales (terrenales y humanistas) y no celestiales, basamentos claramente ilustrados a los que remite Sade. Surge así una nueva discursividad sadiana que reúne o se mimetiza con todos los géneros discursivos, con el objetivo de reforzar la realización de aquello que se dialoga. El discurso sadiano en general, y en *La Filosofía* en particular, es una excusa para actuar, pero también es dable reconocer, que fuera del discurso no hay posibilidades para la acción.

A partir de la obra sadiana se abre un nuevo tipo de lenguaje en la literatura que marca un antes y un después. Sin embargo, paradójicamente, este prototipo no hace escuela, porque empieza y concluye con Sade. Su idioma es inimitable.

Sade es el protagonista de una aventura intelectual que tiene su génesis en el desafío social del marqués, en el marco de un Estado en el que las pasiones y los sentimientos más íntimos quedan relegados al plano de lo privado. Es en este ambiente desde donde escribe; es el resultado del aparato coactivo y censor del Estado absolutista francés, y posteriormente, del gobierno revolucionario, que ven en los escritos de Sade una difamación y deformación caótica del orden social establecido. De ahí las contradicciones o las ambivalencias del pensamiento sadiano respecto del Antiguo Régimen, en relación al proceso revolucionario.

El discurso de Sade traduce esta desaprobación, y lo hace a través de un sistema de pensamiento cuyo contenido sexual apela a viabilizar una verdad, que es la delación de un sistema social y político que encaramado en la regulación de los cuerpos y de las almas de las personas mantiene una realidad perversa. Para el marqués, son los síntomas de una enfermedad social que afecta a los poderosos de la Francia del siglo XVIII y a los que la Revolución parece no tomar en cuenta y sobre los cuales considera no avanzar.

En definitiva, en *La Filosofía* podemos observar el discurso de una víctima, que desde la crítica o la adhesión a los principios aristocráticos, desde el acercamiento o la distancia a la revolución, pretende mostrar de qué manera la realidad social francesa permite el mantenimiento de las formas políticas de la Francia del siglo XVIII, tanto del despotismo ilustrado como de la revolución.

4. BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, C. y Sarlo, B.** (1983). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Hachette.
- Barthes, R.** (1997). *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid: Cátedra.
- Delon, M.** (1998). Moral. En Ferrone, V.; Roche, D. (Eds.) *Diccionario histórico de la Ilustración*. Madrid: Alianza.
- Eagleton, T.** (1997). *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Fairclough, N.** (1989). *Language and power*. London: Longman. Traducción de Elsa Ghio.
- Goldman, N.** (1992). *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires: Hachette.
- Klossowski, P.** (1970). *Sade, mi prójimo. Precedido por El filósofo malvado*. Buenos Aires: Sudamericana. Traducción de Graciela de Sola.
- Lange, A.** (1903). *Historia del materialismo*. Madrid: Daniel Yorro Editor.
- Milliot, V.** (1992). *Pouvoir et société dans la France d' Ancien Régime*. Paris: Éditions Nathan.
- Pauvert, J. J.** (1989). *SADE. Una inocencia salvaje (1740–1777)*. Volumen 1. Barcelona: Tusquets.
- Sade, D. A. F.** (s/f). *Aline et Valcourou Le Roman Philosophique* (en línea), París. (Fecha de consulta: 24 de enero 2013.)
- (s/f). *La philosophie dans le boudoir* (en línea), París. (Fecha de consulta: 24 de enero 2013.)
- Sade, M. de** (1982). Diálogo entre un sacerdote y un moribundo. En Sade, M. de; *El presidente burlado y otras páginas* (traducción de Alonso, R; Vivanco, M.; Aguirre, R.; Forn, A.). Biblioteca Básica Universal, tomo I. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1982). Diario Inédito En *El presidente burlado y otras páginas*, tomo II. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1997). *Filosofía en el tocador*. Clásicos de siempre. Madrid: M. E. Editores.
- (1998). *El Conde de Oxtiern y algunos cuentos breves*. Buenos Aires: Alma-gesto.
- (1998). *Juliette*. Buenos Aires: Le Diable Erotique.
- (1999). *Los infortunios de la virtud*. Clásicos selección. Madrid: Edimat Libros.

——— (2000). *Las 120 Jornadas de Sodoma*. Barcelona: Tusquets.

Serna, P. (1992). El Noble. En Vovelle, M. y otros. *El hombre de la ilustración*. Madrid: Alianza.

Sollers, P. (1974). Notas sobre literatura y enseñanza. En *Litterature et enseignement (Notes)*. Promesse, 36–37; s/l: Printemps.

TONON, MARÍA CECILIA

«A propósito de un discurso político en Francia hacia fines de siglo XVIII. Las perplejidades de la ideología sadiana en *La Filosofía en el tocador* o *Los instructores inmorales*», en: **DE SIGNOS Y SENTIDOS / 15**. Santa Fe, Argentina: ediciones UNL. Año 2014, pp. 11–38.